

EL QUEJÍO

El pequeño Samuel se imaginaba que el plató sería grande, pero no tan enorme como apareció ante sus ojos, lo noté precisamente en su mirada.

Ningún miembro de su familia sabía entonces que se encontraba ahí, no podían verlo como lo hacía yo aquel día: clavado como una estaca ante el inmenso escenario. Ni pudieron escuchar el palpar desenfrenado de su corazón, sin poder aminorar su ritmo con un abrazo. Yo misma, hace meses, tampoco hubiera creído que pudiera estar él en aquel lugar. Y, mucho menos: yo con él. No porqué el chiquillo no reúna las cualidades para ocupar su sitio en el programa, sino por las dificultades que tenía ante sí para lograrlo. Y, en lo que a mí refiere, por lo inusual de mi acompañamiento en tan decisiva cita.

Será una sorpresa para los padres, dije a los organizadores del concurso representando el papel de abuela del niño. La madre de Samuel está muy enferma y su padre no tiene otra preocupación que cuidarla, mejor que se enteren de la asistencia del hijo cuando los *coaches* se giren. Porque los cuatro pulsarán el botón rojo y se darán la vuelta al sonar las primeras notas de su canto, de eso no tengo la menor duda.

No sé en qué momento escuché el lamento de Samuel por primera vez. Un día, mejor dicho, una noche, tomé conciencia de que era real lo que anteriormente creía parte de un sueño. Esa vez me desvelé por completo. Los gritos del padre sonaban con estrépito, como piedras golpeando las paredes. En segundo plano, escuchaba el llanto

de la madre queriendo detener la gravedad del marido, con una voz lastimosa que arañaba el alma. Y, después, interrumpiendo súbitamente el plañir materno, el canto quejumbroso del niño.

Otra noche fue el musical ayeo de la criatura lo que percibí primero, seguramente tras la ronca queja del padre. Me asomé al patio de luces, desde la ventana de mi cocina encontré a la madre también levantada, tapando su rostro con las manos, sentada ante la mesilla de su cocina, mientras el padre escuchaba en silencio el canto del hijo, sin moverse de su asiento, en la penumbra del salón.

Con el tiempo averigüé que el motivo del enfado paterno era una cena servida a deshora, unos pantalones no planchados, unos juguetes por recoger. Cualquier desatino imperdonable de la madre, según el padre.

Él trabajaba de sol a sol, recibiendo el látigo del gran astro sobre su cuerpo todo el día, pavimentando carreteras y caminos, si hacía bueno; doblegando también el lomo en otras obras menores, bajo techo, si hacía malo. Un operario a tiempo completo, en cualquier caso.

Ella limpiaba pisos ajenos, por horas. Cuando llegaba a casa era el suyo el que necesitaba una puesta a punto en un horario muy reducido. Al salir el pequeño de la escuela lo llevaba consigo allá donde limpiara.

No pude sustraerme a ofrecerle mi ayuda, de la mejor manera que puede ofrecerse algo así, con discreto acercamiento: pidiéndole ayuda. Llamé a su piso cuando comprobé (desde la mirilla del mío) que su marido se había marchado. Le pediría sal, como suele hacerse en estos casos, era demasiado pronto como para comprarla yo misma en cualquier supermercado, además, yo caminaba con muletas entonces, hacía un mes que

me habían operado de la cadera. En esa época me traían la compra a casa, bajo pedido, pero no iba a solicitar solo un producto para un servicio como ese. Así que a mi vecina no le extrañó mi demanda.

Me invitó a acompañarla a la cocina. Tenía el piso desordenado y pidió disculpas por ello, a mí no me pareció que fuera necesario (tampoco es que estuviera la casa manga por hombro, ni tenía de qué avergonzarse), le dije que no pasaba nada. Colocó unas cucharillas de sal en una tacita y me preguntó: ¿así le va bien? Asentí, complacida. Quedé en devolverle el favor, otro día, de alguna forma. Ella movió la cabeza con una sonrisa, insinuando que no hacía falta.

Unos días después acudí de nuevo ante su puerta. En esa ocasión, para ofrecerle un pastel de manzana, hecho por mis propias manos. No es por alardear, pero es el que mejor me sale, al menos eso dicen mis nietos. Lástima que solo puedan degustarlo en vacaciones de verano, cuando vienen a visitarme con sus padres. A mi vecina el pastel le pareció sencillamente delicioso, esas fueron sus palabras cuando lo probó. Yo disfrutaba viéndola disfrutar. Los gritos y lamentos seguían escuchándose algunas noches, en la Junta de vecinos algunos ya protestaron por ello. Ni ella ni su marido acudían todavía (no hacía ni un mes que habían llegado al edificio), así que no sería yo quien le transmitiera la queja. Preferí tenderle mi mano, por si servía de algo. Tras la degustación hablamos un poco, yo de mi hijo, que trabaja en Alemania, desde que se quedó sin empleo. De eso ya hace algunos años y, aunque me alegro de sus progresos, cada vez me visita menos. Sobre todo, desde que falleció su padre, justamente desde que tiene más trabajo. Pero, en fin, al menos lo veo en verano, cuando viene a verme con su mujer y sus hijos, eso sí. Eso le decía.

Manuela, que así se llama mi vecina, me habló del trabajo de su marido, de cómo lo deja agotado, cada día, me contaba. Y de mal humor, añadía. Como no hice ni un solo gesto ante tal comentario me preguntó: ¿no ha escuchado nunca sus gritos? No, le respondí. Ella agradeció mi discreción, aunque pareció no convencerla en absoluto y siguió disculpándose como si yo lo necesitara.

Se preguntaba si habían hecho bien al comprar el piso. Antes vivían de alquiler, en un pequeño apartamento de un barrio en las afueras. Pero su marido consiguió que lo hicieran fijo y, con lo que aportaba ella limpiando en casas ajenas, pensaron que sería suficiente para pagar la hipoteca. Y lo era, económicamente. Pero el precio del cansancio y del malhumor no hay quien lo pague. Y volvió Manuela a disculparse por los gritos en las noches.

Yo le pregunté si podía cantarme algo, por desviar el tema y porque la había escuchado más de una vez, mientras cocinaba o acompañando a su hijo cuando estaban solos. Ella quedó sorprendida, confusa. Y, un instante después, halagada, creo. Pero no cantó nada. Simplemente se mesó sus lacios cabellos del color de la miel y se encogió un poco en su asiento, su pequeño cuerpo parecía todavía más pequeño con aquel gesto. Entendí que mi petición la había desconcertado. Era evidente que, si la había escuchado cantar, desde mi piso, también habría escuchado los gritos que procedían del suyo, casi cada noche. Si me planteaba la cuestión, siempre podía decirle que me acuesto pronto y tengo un sueño profundo. No hizo falta mentir de nuevo, creí oportuno retirarme y decirle que, si quería, yo me podía ocupar del niño cuando ella trabajaba. Me agradeció la oferta, pero no la aceptó. La verdad, poco podía cuidar yo a nadie tal y como me encontraba entonces, casi recién operada y con muletas, que a duras penas

podía ocuparme de mis cosas. Nos despedimos con dos besos y con el ánimo de volver a charlar en otra ocasión, cuando ella estuviera disponible.

Charlar se convirtió en una costumbre entre nosotras. La convencí para que limpiara mi piso, puesto que yo todavía no podía hacerlo en la situación en la que me encontraba. Traía al niño, después de recogerlo en la escuela, y él se quedaba dormidito en el sofá de mi salón, enseguida, seguramente conciliando el sueño que le robaba la noche. Sus lacios cabellos de color miel reposando dispersos en el cojín, las piernecitas dobladas en su cuerpecito ladeado y las manitas, juntas bajo la mejilla, aclamando el beneplácito de Morfeo.

Solía venir una vez por semana, yo no podía permitirme pagarle más que un día y tampoco necesitaba sus servicios más a menudo, viviendo sola ensuciaba bien poco. Recibía con mucho gusto su compañía y la del pequeño y agradecía nuestras charlas. Algunas tardes dejó al niño a mi cargo, cuando marchaba a limpiar a otras casas, cuando dejé de necesitar las muletas. Samuel despertaba con una mirada reposada y agradecida, después de la inicial confusión al comprobar que se hallaba en casa ajena y sin su madre. Eso los primeros días, porque se habituó bien pronto a despertarse en mi salón, a mitad tarde, para espabilarse después con una buena merienda. Al terminar, le ayudaba a hacer los deberes. A juntar las letras hasta formar palabras, para él un tanto complicadas, hasta que las comprendía en el contexto de cada frase. O bien le echaba una mano con las manualidades: un dibujo, un mural, una casita de cartulina. Y las resolvía todas muy bien para sus escasos siete años de vida. Después ensayábamos alguna canción. Muy bien, Sami, le decía yo, ya en confianza, cuando terminaba. Gracias, Lita Lina, exclamaba él extendiendo sus manitas como si fuera un trofeo. Me convertí

en su abuela postiza, a falta de una oficial. Por eso me llamaba Lita y no abuelita, no se atrevía a pronunciar el apelativo completo y, a juego con la cautela, abreviaba también mi nombre: Angelina. Cuando Manuela venía a por él no podía encontrar en su rostro mayor expresión de alivio y regocijo. Y en el niño, que accedía complacido a nuestra cita al día siguiente. Con una sonrisa reluciente, a juego con el destello chispeante de sus ojos verdes.

Los gritos y lamentos continuaron produciéndose algunas noches, haciéndose eco en las Juntas de vecinos con similar estrépito. Ni Manuela ni Javier (su marido) acudían a ellas, todavía. No sabía ya cómo acallar las voces de los más intransigentes, ni cómo ocultar esa queja privada que amenazaba con hacerse pública. Así las cosas, llegó el día que Manuela acudió a una de esas Juntas y se enteró de todo, de la peor de las maneras. Lamentó haber molestado al vecindario y prometió ponerle remedio. Nunca más volverían a desvelarse por los gritos que procedían de su piso. Ese día no charlamos, nos despedimos puerta con puerta y la escuché, más tarde, llorar a través de las paredes. En la noche nadie gritó. Ni la siguiente. Ni en un mes. Pero no tardaron en volver los gritos, como antes. Los vecinos retomaron su queja con mayor fuerza, la situación era insostenible y decidí actuar. Al fin y al cabo, ya Manuela sabía cómo estaba de caldeada la cosa en el patio de luces.

Llamé a la puerta de mi vecina, no nos veíamos desde que coincidimos en la única Junta a la que ella había acudido. Le comuniqué lo acontecido en la última reunión y la decisión que allí se aprobó por mayoría (apenas con la oposición de una familia y la mía). Si los gritos volvían a escucharse en la noche, o a cualquier hora, llamarían a la policía. Ella se desmoronó al terminar de pronunciar yo la noticia. Se quedó blanca y sus ojos se

entornaron, su cuerpo se tambaleó ligeramente y creí que iba a desmayarse. La sujeté a tiempo agarrándola bien fuerte de los hombros y después ella asintió, como dándome a entender que estaba bien. Pero no lo estaba, sus ojos enrojecidos la delataban. La invité a entrar en mi casa (estábamos en el rellano, entre su puerta y la mía) y no tuvo fuerzas para negarse. Me siguió como si no tuviese más remedio y se sentó en el sofá de mi salón, una vez entramos en la estancia. Ahora voy a prepararte un reconstituyente y te lo vas a tomar todo sin rechistar, le dije como una orden o como una caricia. Ella volvió a asentir, no como antes, reconociendo que no estaba bien y necesitaba lo que le ofrecía.

Todavía faltaban unas horas para recoger a Sami de la escuela. Por la flojedad de la madre, y sabiendo como sabía lo ajetreada que iba siempre, comprendí que ese día seguramente ni habría comido. Le preparé una buena sopa de menudillos con el caldo que había cocinado en la mañana y que, por costumbre, solía hacer en cantidad doble. Su rostro era inexpresivo cuando deposité la bandeja sobre la mesa, pero esbozó una ligera sonrisa cuando pudo oler el plato al tenerlo cerca. Comió poco a poco, parecía que le costara un gran esfuerzo levantar la cuchara cada vez, pero lo hacía, sin rechistar (como le dije), y sin dejar ni un grumo sobre la vajilla. A continuación, probó el postre, mi pastel de manzana. También lo terminó, con la misma mansa insistencia y con una nueva sonrisa mejor dibujada sobre su rostro.

Después hablamos. De su infancia, en el orfanato. De las casas de acogida que jamás se convirtieron en definitivas. De tantas escuelas como casas diferentes que tuvo que probar, al cambiar en cada ocasión de ciudad. De los amigos encontrados y perdidos en cada cambio de lugar. De su juventud. De su noviazgo con Javier, que le ofreció cariño y

estabilidad. De su cuerpo enorme, que le daba fuerza y cobijo. De Samuel, la luz de su vida. De las nanas que lo adormecían con su propio canto, mezclado en lágrimas, cuando era un bebé y Javier ya se quejaba del cansancio y de no poder conciliar el sueño con los gritos del recién nacido. Del propio canto de Samuel, más tarde, como amansador de fieras. Del laberinto en el que se encontraba sin hallar un hilo del que tirar para encontrar la salida. Solo tienes que deshacer la madeja en la que te has enredado sin darte cuenta, le dije. Es así como encontrarás la salida.

Debiera haberle dicho algo más, haberla ayudado de otro modo. Pero no supe, no pude, no encontré la manera. Me educaron para aguantar y soportar lo que me viniera, de la mejor forma posible. Incluso las quejas de mi marido. No tengo motivos para quejarme, precisamente yo, sobre ese aspecto. Lo cierto es que mi Javier solo tenía en común con el de Manuela el nombre. Jamás me levantó la voz, ni me reprochó nada. Educación o suerte, eso es lo que tuve. Él era maestro y yo conserje, del mismo colegio donde nos conocimos. No me gustaba todo de él, ni a él todo de mí, supongo. Pero, como he dicho, me educaron para aguantar, también a él. Un matrimonio era para toda la vida. Tuvimos nuestros enfados, por su puesto, pero siempre los resolvimos dialogando, cediendo (unas veces él, otras yo). Nunca a gritos. No era yo, pues, la más indicada para aconsejar a Manuela. Pero creí necesario hacerlo.

Ni por una vez se me ocurrió alentarla al divorcio, o a buscar ayuda profesional. Solo se me ocurrió animarla en la persecución de un objetivo. Para que su lamento y el canto del hijo alcanzaran un sentido nuevo, un propósito, una meta. Para que la queja del padre quedara soterrada para siempre, vencida por la puesta en común de un mismo anhelo.

No volvieron a escucharse nunca más, los gritos. Pero sí cada vez más a Sami cantar. Acabaría por participar en el programa de televisión, en la próxima temporada, decía la madre. El padre le reía la gracia, porque creía que el comentario era un chiste. A ver cómo iban a elegir al hijo entre tantos niños como se presentaban, ni que fuera Joselito. Muchos pájaros en la cabeza, tenía la madre. Eso le hubiera gustado a ella, ser cantante. Pero la vida era otra cosa, algo muy diferente a lo que se veía en la pantalla. Esos eran los argumentos del padre ante el plan en ciernes. Aun así... ¿cómo no callar cuando cantaba el hijo? Que daba igual si entonaba un compás por soleà, un bolero, o una canción moderna, siempre se quebraba su garganta con un quejío a tiempo. Un lamento introducido como colofón a una estrofa, sin romper la armonía, subrayando el sentimiento de lo que expresaba. Haciendo jirones su voz de terciopelo, arañando el alma. Y Javier solo podía aplaudir la habilidad de Samuel, a pesar de que Manuela siguiera teniendo la casa desordenada.

Pero, aunque los gritos cesaron, no lo hicieron las protestas. A media voz, eso sí, como dardos envenenados. Hundiendo los agujijones en su autoestima, para que se desinflara como un globo, poco a poco. Un globo errante que escapa de la feria y no vuela sino rueda, por el suelo y sin rumbo, sin sentido y sin remedio. Hasta que aquel cuerpo enorme que antaño le dio cobijo acabó por asustarla, convirtiendo su propio cuerpo en un amasijo, pequeño y chato, que temblaba como un flan cuando él se acercaba. Así me lo contó mi vecina mucho tiempo después, cuando volvimos a reunirnos entre paredes blancas y ajenas. Debí decirle mucho antes tantas cosas que no sabría ahora ni sumar cuántas. Pero no lo hice, confiando en que la calma se produjese en algún momento, casi como por obra de magia. Cuando vieran en la pequeña pantalla

hasta dónde podía llegar el hijo. Ya había inscrito al pequeño en el concurso. Y estaba seleccionado. Pero no le dije nada, quería que fuera una sorpresa.

Una mañana de otoño ocurrió lo inevitable: el globo errante se quedó sin aire. No supe cómo evitar que ocurriera. Había una sombra en la mirada de Manuela que me preocupaba más en los últimos días, más, incluso, que los gritos que ya no escuchaba en las noches. Cuando le preguntaba si todo iba bien ella asentía, sin convicción (como cuando estuvo a punto de desmayarse), pero con insistencia. A penas si charlamos en ese tiempo, mi vecina se despedía con prisas y dejaba a Sami a mi cargo más a menudo. Lo cual también era inusual en ella. Esa mañana regresó temprano, después de dejar al niño en la escuela. Tampoco era propio de ella, solía volver después de limpiar algunas casas. Sabía que el marido se encontraba en el trabajo, así que llamé a la puerta con la intención de hablar a solas con ella. Manuela no contestó. Insistí y obtuve el mismo tenso silencio como respuesta. Me preocupé todavía más. De repente, recordé que tenía una copia de las llaves de su piso, por si alguna vez las pierdo o se me olvidan dentro, me dijo cuando me las ofreció al principio de conocernos. Las busqué a toda prisa y, afortunadamente, las encontré enseguida. Entré con el corazón en un puño, ya intuía que nada bueno podía haber sucedido. No estaba ni en el salón, ni en la cocina. Me asomé a su habitación, temerosa, y la encontré allí, inerte sobre el lecho. Al principio creí que se había desmayado. Su cuerpo descansaba sobre la cama hecha, ella estaba vestida, como dormida. Entonces descubrí las heridas en las muñecas, con un hilo rojo bajando por cada lado. La cuchilla en el suelo, junto a la cama, tapando su brillo una mancha sanguinolenta. Quedé paralizada unos segundos por el espanto. Mis manos temblaron, primero. Después todo el cuerpo. Esa agitación me permitió reaccionar.

Llevaba el móvil encima, llamé a la ambulancia. Tuve que repetir varias veces lo que ocurría, no me entendían, mi voz estaba rota.

Manuela ha comido hoy, por primera vez, no cualquier cosa: una sopa de menudillos y un pastel de manzana. Lo he preparado yo misma, antes de ir con Sami al Hospital. He introducido unas monedas en el televisor para poder ver el programa a tiempo. Javier ha querido compartir con su mujer ese momento, pero no le han dejado entrar. Él fue a visitarla cada día, cuando estaba inconsciente. Se quedaba a su lado, junto a la cama articulada, bañando su rostro un llanto pueril, con un quejío arrítmico, casi espasmódico. Cuando Manuela despertó y lo vio ahí, junto a ella, pidió a la enfermera que se lo llevaran. No lo quería ver, no lo quería volver a ver. Un dolor, más profundo que las heridas que ahora cicatrizan en sus muñecas, sabotea cualquier futuro encuentro. Y una denuncia y una orden de alejamiento, presentando como prueba de agresión emocional las declaraciones de toda la Junta de vecinos.

El pequeño Samuel se abraza a la madre, sus cortos y lacios cabellos de miel se mezclan en textura y color con los de Manuela, en el cojín compartido. Madre e hijo me invitan a tomar asiento junto a ellos. Acerco una silla a la cama, frente a la pequeña pantalla del televisor que ya muestra su jolgorio de luces cruzadas en la pared. Un niño aparece bajo los focos en mitad del escenario, cuando las luces convergen tenues y cálidas sobre él. Sus ojos verdes chispean de emoción cuando se escuchan los tres avisos antes de iniciar su canto.

